

ENTRE LA *de*  
NEBLA



Úrsula Llanos

Una intrigante novela de misterio en el marco de la isla de Mallorca, en la que una joven lucha por desentrañar el enigma sepultado en los recuerdos olvidados de su infancia.

*A mi hija Esther.*

El autobús se detuvo al llegar a la plaza y aún resonaba en el aire el chirrido de sus frenos, cuando aquella muchacha había saltado a la acera. El conductor la siguió con la mirada, mientras distraídamente encendía un cigarrillo.

Una bonita chica, se dijo. Y además de bonita, tenía un aspecto tan frágil, tan irreal...

Quizás fuese su aire etéreo lo que le había llamado la atención cuando había tomado ella el autobús en la carretera, a unos treinta kilómetros de Palma. O quizás fuese la circunstancia de que en aquella cruda mañana invernal vistiese solamente unos pantalones vaqueros y un jersey de color blanco. Pero no, se dijo. Se había fijado en ella porque le recordaba a alguien. El hombre frunció el ceño, buceando en su memoria. Desde luego no se parecía a ninguna otra muchacha que él hubiera conocido, de eso estaba seguro. De improviso cayó en la cuenta y chasqueó los dedos satisfecho de su descubrimiento. Estaba claro. Le recordaba a aquella hoja del almanaque, que tanto le impresionara de niño, en la que una gacela huía angustiada, perseguida por un grupo de cazadores que inexorablemente iban apretando su cerco en torno de esta. Sí, el angustiado semblante de esa chica tenía la misma expresión. ¿Qué podría sucederle?

Intrigado la vio entrar a toda prisa en la cafetería de la esquina y salir nuevamente a la calle poco después, mirando recelosamente en todas direcciones. El conductor también trató de atisbar inconscientemente al grupo de cazadores sin hallarlo y luego se rio de sí mismo por imaginar tales tonterías.

Eres un idiota, se dijo. La chica estará buscando, sin duda, a su novio, y estará preocupada al no dar con él. Y a fin

de cuentas no era asunto suyo. Su obligación consistía en conducir el autobús sin preocuparse por los problemas de sus pasajeros. Aún se lo repetía cuando descendiendo del vehículo se le acercó. Ella se había detenido en la acera con aire desorientado y levantó hacia él unos ojos inmensos, de color aguamarina. Brillaban en su rostro menudo con tal intensidad que desdibujaba el resto de sus facciones.

—¿Le ocurre algo, señorita?, —le preguntó amablemente.

Ella asintió con la cabeza y le mostró un papelito donde estaba anotada una dirección.

—No conozco bien Palma, —le dijo a media voz—. Necesito encontrar esta calle.

Su tono era tan acongojado y su gesto tan desolador que estuvo a punto de ofrecerse a acompañarla, pero recordó a tiempo cuales eran sus deberes y se limitó a indicarle el camino que debería seguir. Por suerte estaba muy cerca y no podría perderse, pero, pese a ello, la siguió con los ojos hasta que, siempre corriendo, desapareció al doblar una esquina.

## Capítulo 1

Sí, ese era el portal, se dijo con un suspiro de alivio. Comprobó nuevamente la dirección en el papelito que llevaba en la mano y luego echó a correr escaleras arriba, oyendo vagamente al portero, que trataba de advertirle que podía tomar el ascensor. Jadeante alcanzó el tercer piso y en cuanto se aseguró por la placa de la puerta que correspondía esta a la consulta médica de la que le habían hablado, llamó al timbre. Le abrió una enfermera de mediana edad que la miró inexpresivamente.

—¿El doctor Olea?, —le preguntó la muchacha con voz insegura.

La enfermera hizo un gesto afirmativo y se hizo a un lado para dejarla pasar, encaminándose luego hacia una mesa, tras la que tomó asiento para consultar el ordenador.

—Su nombre, por favor.

Ella se lo dijo y la otra repasó en la pantalla la lista de pacientes con aire profesional, levantando la vista después hacia su rostro.

—¿Tiene usted cita?

—No, pero yo... yo necesito ver al doctor.

—Lo siento, señorita. Le daré hora para la semana que viene.

—¿Pero no puede recibirme? —Su voz tenía un matiz histérico—. Necesito verle ahora mismo.

Sin que su semblante se alterase, la enfermera contempló con indiferencia la alterada expresión de la muchacha, que en pie frente a ella cruzaba y descruzaba nerviosamen-

te las manos. Rondaría los veinte años y en su atractivo rostro destacaban sus grandes ojos azules que la miraban con aire desvalido. Sin saber por qué le recordó a un gato callejero que se hubiera perdido en una ciudad desconocida. Pese a ello le contestó con voz firme:

—El doctor está muy ocupado. Es preciso pedir cita para su consulta con anticipación.

La chica titubeó. No era propio de su carácter insistir cuando recibía una negativa, pero pese a ello se oyó decir a sí misma en tono más alto del necesario:

—Es muy urgente. No puedo esperar.

De espaldas a la puerta del despacho del médico, no vio salir a este del mismo ni cómo la miraba con el ceño fruncido desde el umbral, por lo que se sobresaltó al oír su voz.

—Hágala pasar, Julita.

—Pero doctor...

—Creo que podré atenderla. —Y dirigiéndose a la muchacha le indicó—: Pase usted, por favor.

Le siguió ella al interior de un despacho bien amueblado, caldeado por el sol invernal que se filtraba por el amplio ventanal. Permitía ver a través de los cristales las ramas desnudas de los árboles de la calle, extrañamente silenciosa a aquellas horas de la mañana. El psiquiatra, un hombre de mediana edad, de corta estatura y de aspecto paternal, se acomodó en su sillón al otro lado de su mesa, señalándole una de las dos butacas que se encontraban enfrente.

—Bien, señorita, usted me dirá.

La muchacha tragó saliva antes de hablar. A la luz del sol que penetraba a raudales por el ventanal, tras la mesa del médico, sus inquietudes parecían perder consistencia, como si se hubieran ido desvaneciendo en aquel escenario tan luminoso para transformarse en conjeturas absurdas, imaginadas por una fantasía delirante. ¿Qué pensaría él de lo que había ido a consultarle? ¿Se reiría de sus temores? ¿Irritado le señalaría la puerta o creería que la angustiada

sensación que experimentaba se fundamentaba en un peligro real? Sus ojos castaños, tras los gruesos lentes, la animaban a confiarle las sospechas que la abrumaban desde que llegara a la isla y que habían alcanzado su cenit esa mañana, por lo que hizo un esfuerzo por inclinarse sobre la mesa y articular trabajosamente:

—He venido a verle, doctor, porque necesito ayuda. No sé a quién acudir y... Hace días que llegué a Mallorca a pasar las Navidades con mis parientes y... —Tomó aire antes de concluir la frase—. Yo... creo que quieren volverme loca.

El médico no parpadeó siquiera. Continuó mirándola comprensivamente como si estuviera acostumbrado a que acudiesen a su consulta con manifestaciones semejantes y luego hizo un gesto de asentimiento.

—Vamos, cuénteme qué es lo que le pasa.

Cruzando y descruzando nerviosamente los dedos, ella musitó:

—Es que... la verdad es que no sé por dónde empezar.

—Empiece por donde quiera.

La muchacha tragó saliva de nuevo.

—Verá, doctor. Todo ha comenzado al regresar yo a Palma hace unos días. Ya de niña viví aquí una larga temporada en la finca de mi abuelo, pero eso no tiene importancia. Todo ha comenzado ahora, a mi vuelta. —Se interrumpió y juntó las manos, retorciéndoselas angustiada—. No entiendo las cosas que me están sucediendo, porque... porque todo parece indicar... —Se interrumpió para observarle con sus claros ojos azules—. Dígame, ¿cree usted en los fantasmas?

—¿En los fantasmas?, —repitió el médico en tono interrogante.

Al afirmar ella vigorosamente con la cabeza, su larga melena, oscura y brillante, se agitó a su compás.

—Sí, ya sé que no cree en ellos y... y en realidad yo tampoco creía que pudiesen interferir en la existencia de

los vivos. Por eso pienso que me están tendiendo una trampa. ¿Me entiende?

Impasible en apariencia, el psiquiatra esbozó un gesto de asentimiento, sin pestañear siquiera ante las confusas manifestaciones de la muchacha.

—Desde luego. Cuénteme esas cosas extrañas que le están ocurriendo.

Retrepándose en la butaca, ella le estudió, como si estuviese especulando sobre su capacidad de comprensión.

—¿No se reirá usted?

—Por supuesto que no.

—Es que nadie me cree por lo que le sucedió a mi padre, pero yo no tengo nada que ver con ello. ¿No le parece?

Olea hizo un gesto evasivo, sin que su expresión se alterase y la muchacha continuó incoherentemente:

—Estaba enfermo de los nervios y por eso todos creen que estoy loca, pero yo no he hecho ninguna de las cosas absurdas que él me atribuye. Necesito que me conteste a una pregunta, —musitó apoyando las manos sobre la mesa y clavando sus ojos en él, como si esperara una respuesta negativa—. ¿Es posible realizar actos que después uno no recuerda?

El psiquiatra esbozó un ademán vago y luego le contestó con voz clara:

—En determinados casos, sí. ¿Es eso lo que le sucede a usted?

—Es lo que él dice, pero no lo considero posible y por eso he venido a verle. Solo usted, que es psiquiatra, puede ayudarme, porque ya no sé si es que estoy mal de la cabeza o si es que él lo ha urdido todo con el propósito de hacérmelo creer.

Sin perder su aire impassible, él la contempló en silencio durante unos segundos.

—Y usted está segura de no haber intervenido en esos... en esos sucesos, —afirmó, más que preguntó, estu-

diando detenidamente la expresión de su agraciado semblante. Parecía sumamente intranquila y dirigía constantes miradas a su espalda, como si temiera que irrumpiese en el despacho alguien que la hubiera estado persiguiendo.

—Claro que estoy segura, aunque... no sé. A veces he creído revivir despierta las pesadillas que me asaltan constantemente. Desde mi regreso a Mallorca sueño lo mismo noche tras noches... siempre con esa muñeca...

—¿Qué años tiene usted?, le preguntó Olea inexpresivamente.

—Veintiuno.

—¿Y se trata de una muñeca determinada?

—Sí, de una horrible de trapo.

—¿Y qué es lo que sueña?

La muchacha se estremeció visiblemente y se cubrió el rostro con las manos.

—Es algo espantoso, doctor. Me despierto siempre aterrada.

—Vamos, vamos, —le dijo tranquilizadamente el médico—. Cálmese y cuéntemelo.

—Verá, no siempre sucede de la misma manera, pero la muñeca aparece siempre. La llevo en brazos y alguien me la quita y la tira al agua. Entonces corro intentando salvarla, pero se hunde, se hunde sin que pueda impedirlo. Luego me doy cuenta de que un muchacho surge de las sombras y me mira. Me mira de una forma que no puedo soportar y entonces me duele aquí. —Se señaló el pecho con la mano—. Es un dolor muy fuerte, que siempre me despierta.

Nuevamente se tapó el rostro con las manos y empezó a llorar convulsivamente sin que Olea efectuase el menor movimiento. De improviso se tranquilizó y retirando sus manos de la cara le preguntó en tono normal:

—Le parece una tontería, ¿verdad? Soñar con una muñeca no tiene nada de aterrador. Muchas veces me lo he repetido de día, pero por la noche... por la noche es distinto. Y no es que tenga miedo a la oscuridad, no es eso.

Es a ese sueño a lo que tengo miedo, aunque no sé por qué.

—Quizás jugara con esa muñeca en su infancia y la asocia con algo desagradable, —sugirió él.

—No, doctor, —le rebatió exaltándose—. No he jugado de niña a las muñecas, aunque mis parientes digan lo contrario. Pero el caso es que, el otro día, mi primo me enseñó una fotografía en la que yo llevaba esa muñeca en brazos y... y ahora acabo de recordar que, efectivamente, llegué con una muñeca como la de mis sueños a Montsalvatge. Pero de eso hace muchos años.

—No importa el tiempo que haya transcurrido. Cuénteme lo que le sucedió entonces, —replicó él acodándose en la mesa.

—Pero es que no quiero molestarle. Me he colado en su consulta sin haber pedido previamente una cita y...

Parecía avergonzada, por lo que Olea se apresuró a tranquilizarla.

—Ya le he dicho que no tiene que preocuparse por esa circunstancia. Vamos, cuéntemelo.

La muchacha apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca y comenzó a hablar con voz monótona, mientras Olea, sin interrumpirla, tomaba notas en un cuadernito.

\* \* \*

Fue una tarde de octubre. El automóvil, conducido por el chófer que me recogiera en el aeropuerto, había abandonado la carretera y ascendía ligero por el serpenteante camino, que, dando vueltas y revueltas, bordeaba la cima del acantilado. Yo no había visto nunca el mar, había vivido siempre en Segovia, y me pareció un gigante enfurecido, que luchase contra la costa, arremetiendo contra los riscos para recuperar su libertad. Me dije entonces que apenas si guardaba alguna semejanza con el manchón azulado que vislumbrara desde el avión. Aquel era azul como el de los

mapas que pintaba en el colegio, estático y anodino, pero este no. Ni siquiera era azul, sino verde oscuro, y no se agitaba rítmicamente en olas regulares. Se debatía contra sí mismo, se deshacía contra los escollos, cubriéndolos de espuma, como si su ingente extensión se sintiese oprimida en un recipiente demasiado pequeño.

El camino doblaba bruscamente hacia la derecha, dejando el mar a nuestra espalda y el vehículo enfiló una larga avenida, orillada de olmos gigantescos. Nunca los había visto tan altos ni de un color tan variado. El otoño comenzaba ya a despojarlos de sus hojas, que cubrían el suelo como una alfombra dorada, pero las que aún permanecían en los árboles mostraban una gama infinita de ocres y de rojos, que, contra el cielo plumizo, producían una sensación de irrealidad. Era como contemplar un cuadro demasiado bello para ser copia fidedigna del paisaje, plasmado por un pintor inmoderadamente colorista.

Pero era un paisaje triste, me dije, tras unos instantes de observación. Adecuado para admirarlo desde la ventana de un hogar feliz, no desde la de un coche, que me llevaba a una casa desconocida, en la que no sabía cómo sería recibida. Podía divisarla ya al final de la avenida de olmos y entremezclada con ellos. Era gris como el cielo. Una bouganvillia morada trepaba por sus muros de piedra, para ir a apoyarse sobre el tejado de pizarra, como si estuviera cansada del esfuerzo. Tan cansada como me sentía yo, pues al descender del automóvil noté que las piernas me pesaban como un pesado lastre. También la angustia vaga que había experimentado durante el viaje dejó de serlo para trocarse en una ansiedad real que me oprimía las costillas y me atezaba la garganta. El chófer me decía algo que no entendí y me tomó de la mano para atravesar la terraza. Se extendía todo a lo largo de la fachada y estaba bordeada de geranios en flor. Pero no los llegué a distinguir ni tampoco retrace en mi retina el menor detalle del vestíbulo que crucé en su compañía, ni del saloncito en el que me introdujo po-

co después. Era como si caminase a tientas por un lugar en sombras y el único foco iluminara el semblante de la mujer que se había levantado, emergiendo de la oscuridad al entrar yo. Se dirigía a mi encuentro y su voz sonaba amable. ¿Pero qué era lo que me decía? El martilleo incesante de mi propio corazón no me permitía oír sus palabras. Noté, sí, que me abrazaba y que me conducía a un sofá que había surgido de improviso de las tinieblas, para sentarnos juntas.

—Soy tu tía Elvira, hermana de tu padre y creo que ya era hora de que nos conociéramos.

Me lo decía alegremente y asentí con la cabeza, que mantenía baja, contemplando fijamente la tapicería del sofá. Era de seda amarilla y brillaba haciendo aguas. Las seguí con los dedos, mientras ella seguía hablando y hablando, sin atreverme a levantar la vista hasta su rostro. Y eso que tía Elvira no era como la había imaginado. Su melena castaña enmarcaba un semblante apacible y afectuoso, en el que ninguna de sus facciones destacaba de forma especial. Debía de estar preguntándome algo, por lo que hice un esfuerzo por dominar mi timidez y buscar las palabras que se me habían perdido en algún rincón de la garganta.

—¿Cómo dices?

Me costó trabajo pronunciarlas y mi tía se echó a reír ante mi azoramiento. Pero no se reía de mí. Poseía yo una sensibilidad casi enfermiza y captaba certeramente la impresión que producía en los demás. Se reía para quitar violencia a la situación e infundirme confianza.

—Te preguntaba si estás cansada del viaje, aunque supongo que a tu edad es una bobada el imaginarlo siquiera. Los niños disfrutáis de una vitalidad sorprendente. Y por cierto, ¿cuántos años tienes?

—Ocho.

Mi tía encendía un cigarrillo y al oírme interrumpió la operación para mirarme con mal disimulada sorpresa. Fue solo un instante e inmediatamente añadió:

—Claro, qué tonta soy. No sé por qué pensaba que eras más pequeña. Es que tengo una memoria fatal.

Se reía de nuevo, pero no me engañó. Estaba harta de constatar cómo se extrañaba la gente al enterarse de mi edad, porque mi estatura era muy reducida. Me sentí analizada por ella y enrojecí hasta la raíz del pelo, mientras reanudaba la maniobra de seguir con los dedos los brillos de la tapicería. Paca me decía en Segovia que era la más preciosa del mundo, pero yo sabía que no era cierto. Pese a que mantenía la vista baja, advertí como mi tía recorría mi menuda figurilla, desde mis lacias melenas oscuras, hasta la punta de mis zapatos, y me pareció oír el suspiro de conmiseración que no exhaló. Levantó en cambio suavemente mi barbilla.

—Estoy muy contenta de tenerte aquí, nena. Y ahora espérame un momento, que voy a buscar a tu abuelo para que venga a conocerte.

Se dirigió rápidamente hacia la puerta con movimientos ágiles y armoniosos. De espaldas su figura era la de una jovencita de mediana estatura. ¿Cuántos años podría tener? Sabía que era mayor que mi padre y, por lo tanto, debería andar cerca de los cuarenta, pero no los representaba. Sus pasos se perdieron en el vestíbulo y deduje por el sonido de los mismos que ascendía por una escalera de madera. Apenas si se percibían ya en la planta superior y aguardé inmóvil, mientras dirigía una distraída mirada en torno. Al entrar, el saloncito me había parecido borroso, pero a medida que iba tranquilizándome, sus perfiles cobraban nueva consistencia, como si una mano invisible los fuera dibujando. El sofá, con dos sillones a juego, daba la espalda a un ventanal, que enmarcaba un cielo cargado de nubarrones. Se veía a través del visillo transparente, que se agitaba al compás de las ráfagas de aire que penetraban por las rendijas. Aventaba también los leños que chisporroteaban en la chimenea, esparciendo un olor a monte que aspiré con deleite. Siempre me habían gustado las chimeneas, pero en

mi casa de Segovia no las había. Esta era bonita de verdad. De ladrillo rojo y rematada por una repisa de mármol verde, ponía una nota hogareña en aquella habitación demasiado lujosa. Sobre la repisa pendía una marina con un marco dorado. Estaba bien, pero el mar del cuadro no era como el que había visto desde el coche. No era grandioso e imponente. Era un mar azul, sin fuerza, sin la impetuosidad del verdadero.

Lo contemplaba absorta, cuando el sonido de unos pasos a mi espalda me impulsó a volverme hacia la puerta. Un muchacho de unos catorce años y una niña más pequeña me observaban con curiosidad desde el umbral. Ambos vestían unos sucísimos pantalones vaqueros y unos jerséis tan polvorientos, que resultaba difícil adivinar cual hubiera podido ser su color de origen. El chico, moreno y zanquilar-go, me estudiaba con la cabeza ladeada y un gesto dubitativo y cuando se cansó de su silencioso examen me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Su aire me pareció tan insolente, que retrocedí cohibida apretando contra mi pecho a la muñeca que llevaba en brazos. Sí, era una muñeca de trapo, como la de mis sueños.

—Eurídice, —musité con un hilo de voz.

Volvió a mirarme de arriba abajo, extrañado de que tan altisonante nombre pudiera corresponderme a mí.

—¿De modo que eres tú? Sabíamos que llegarías hoy, pero te habíamos imaginado diferente. ¿Por qué estás tan asustada?

Abrí la boca para decir algo, pero no conseguí acertar con la respuesta y me abracé aún más a mi muñeca. La otra niña, rubia y con un semblante pecoso y agraciado, se me acercó con ademán protector.

—Yo me llamo Marta y soy tu prima. Estábamos deseando que vinieras, pero creíamos que eras mayor.

Intenté sonreír amistosamente, sin lograr otra cosa que esbozar una mueca tímida.